Aquí nació un Caracol

El surgimiento de la Galería de Historia

Aquí nació un Caracol

El surgimiento de la Galería de Historia

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Rafael Tovar y de Teresa
Presidente

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

María Teresa Franco
Directora General

Diego Prieto Hernández
Secretario Técnico

COORDINACIÓN NACIONAL DE MUSEOS Y EXPOSICIONES

José Enrique Ortiz Lanz
Coordinador

Julieta Gil Elorduy
Directora de la Galería de Historia, Museo del Caracol

COORDINACIÓN NACIONAL DE DIFUSIÓN

Leticia Perlasca Núñez
Coordinadora

Porfirio Castro Cruz
Director de Divulgación

Aquí nació un caracol
El surgimiento de la Galería de Historia
Edición digital

Primera edición, noviembre de 2015

© Texto: Pavel Luna Espinosa
© INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Córdoba 45, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc,
México, DF, 06700

www.inah.gob.mx
www.caracol.inah.gob.mx

Queda prohibida la reproducción parcial o total,
directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previemente
con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley
Federal del Derecho de Autor, y, en su caso, de los tratados
internacionales aplicables.

La persona que infrinja esta disposición se hará
acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

Aquí nació un Caracol
El surgimiento de la Galería de Historia

Pavel Luna Espinosa

Los caracoles son moluscos que pueden ser terrestres o acuáticos. Como no tienen patas, estas criaturas arrastran su cuerpo para moverse. Aunque son de muchos colores y tamaños, quizá su parte más llamativa e importante es la concha que cargan a cuestas, que tiene forma de espiral y protege de los peligros del exterior.

Hace 55 años nació un Caracol en el viejo Bosque de Chapultepec. No nos referimos al molusco del que hablamos arriba, sino a la Galería de Historia, Museo del Caracol, un espacio pensado para contarle a todos los mexicanos su propia historia.

Hacia 1960, México era un país que se transformaba vertiginosamente. La capital, más pequeña que ahora, comenzaba a crecer y muchos lugares empezaban a transitar de lo rural a lo urbano. Se creía que con el establecimiento de nuevas industrias progresaríamos. Aunque la Ciudad de México se expandía con rapidez, aún había muchas carencias, sobre todo educativas. Los demás estados de la República no corrían con mejor suerte. En aquella época, por cada mil niños que entraban a la primaria, apenas 134 podían llegar a sexto grado. Muchos escolares se daban de baja, otros nunca asistían porque no tenían escuela o profesor, y algunos más porque no podían pagar sus libros y materiales.

Cuando en 1958 Adolfo López Mateos se convirtió en presidente de la República, nombró a Jaime Torres Bodet, un ilustre poeta y educador, Secretario de Educación Pública.

Cuando joven, Torres Bodet había aprendido de su mentor, José Vasconcelos, que las palabras "educación pública" iban más allá de la enseñanza en las aulas. Tres cosas, a su juicio, eran importantes para la formación de buenos ciudadanos: la construcción de escuelas, la de bibliotecas y la propagación de las bellas artes. El joven Torres Bodet no echó en saco roto estas enseñanzas, y cuando llegó a ser secretario de educación por primera vez, en 1943, supo aprovechar estas ideas. Un año después inauguró el Museo Nacional de Historia, ubicado en el Castillo de Chapultepec. La construcción de escuelas también fue su prioridad, así que echó a andar el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE), entidad encargada de construir escuelas por todo el país.

Torres Bodet también fue diplomático y director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Siempre estuvo convencido de la importancia de la educación y en alguna ocasión afirmó que ésta tendría que "desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la patria". Se trataba de formar excelentes ciudadanos más allá de la mera enseñanza de conocimientos.

Su experiencia como funcionario, diplomático y educador le aportó muchos elementos para resolver los retos de 1958. Apenas se convirtió por segunda ocasión en Secretario de Educación, don Jaime se puso a trabajar en un proyecto de largo alcance, centrado en el nivel básico, para combatir el rezago y resolver los problemas más urgentes, conocido como el Plan de Once Años. Este plan dio sus frutos cuando, en un hecho sin precedentes, en enero de 1960, se comenzaron a repartir los primeros libros que editó la recién creada Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuito. En ese primer año, los niños mexicanos recibieron 16 millones de libros con bellas portadas de los más célebres artistas mexicanos. El propósito era que nadie abandonara la escuela por motivos económicos y así todos tuvieran las mismas oportunidades. El libro de historia era uno de los más importantes, ya que en sus páginas se encontraban ejemplos cívicos anclados en el pasado nacional. El aprendizaje del pasado entre los niños era fundamental para entender el México moderno que daría paso a la construcción de un mejor futuro.

La Galería de Historia fue resultado indirecto del Plan de Once Años y fue también un proyecto de las conmemoraciones cívicas de aquel entonces. En 1960, México celebraba ciento cincuenta años del inicio de la guerra de Independencia y cincuenta del de la Revolución, y para la administración de López Mateos, la educación y el derecho a la cultura eran algunas de las promesas del movimiento revolucionario. Oficialmente, aquel

año había sido declarado de la Patria, y la propagación del sentimiento patriótico era una de las tareas más importantes del Estado mexicano. Por ello, Torres Bodet decidió que la mejor manera de celebrar ambas efemérides era con la construcción de un museo de historia dedicado especialmente a niños y jóvenes, pero que también sirviera a todo aquel mexicano que quisiera conocer su pasado.

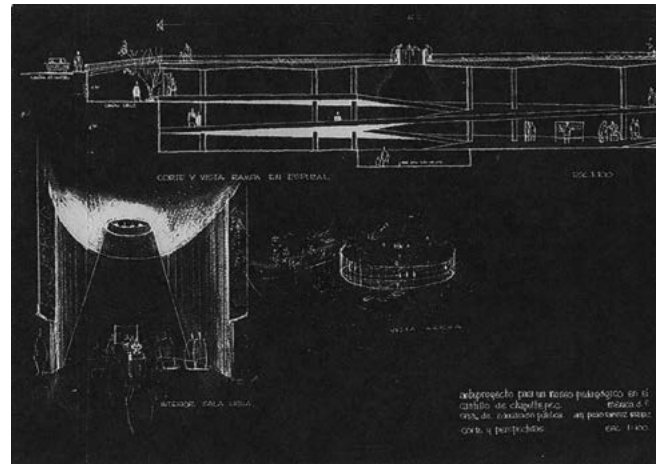
El planteamiento original era un espacio introductorio que explicara a los visitantes los momentos más importantes de nuestra historia por medio de nuevos recursos para complementar y reforzar los contenidos del Castillo de Chapultepec. El propio Torres Bodet lo recordó en sus memorias:

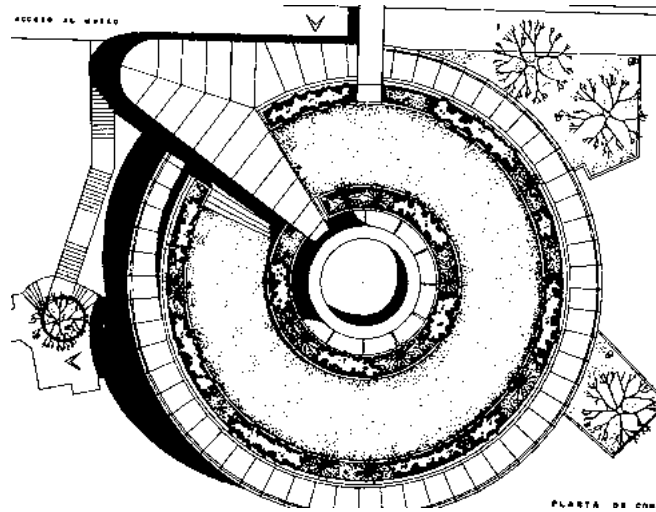
> Ya conté, en *El desierto internacional*, lo que hizo la UNESCO en 1949, al conmemorar el primer aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Preparó, en París, en el Museo Galliéra, una exposición. En ella, junto a los más ilustres textos legales, el visitante podía contemplar –en dioramas muy expresivos– escenas conmovedoras, testimonio del heroísmo de las pasadas generaciones en su voluntad de afirmar los derechos de la persona humana. Desde entonces, pensé en la conveniencia de que México realizase algo semejante, pero más duradero.

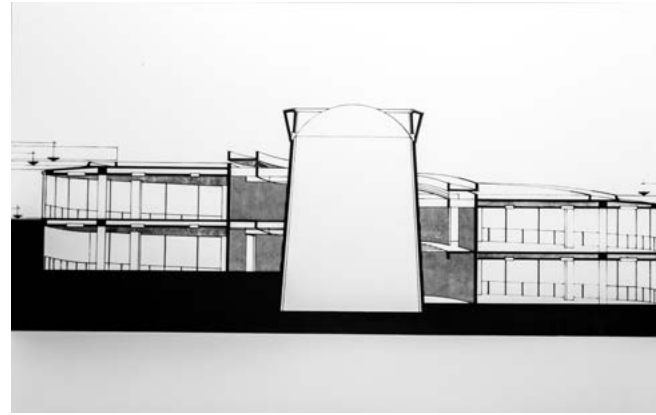
Don Jaime estaba consciente de que, a lo largo de nuestra historia, no todos los acontecimientos importantes habían dejado huella física. Entonces ideó una exposición permanente que se apoyara en recursos visuales.

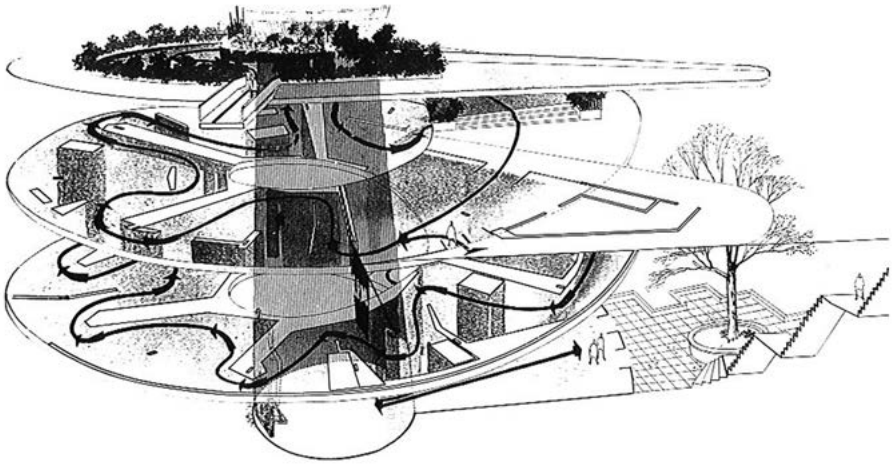
Para materializar su idea, Torres Bodet buscó al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, a quien conocía desde los años cuarenta, cuando don Jaime estaba por primera vez al frente de la Secretaría de Educación Pública y el arquitecto era un joven egresado de la UNAM a quien habían nombrado jefe de zona del Comité

Administrador del CAPFCE, en Tabasco. Ramírez Vázquez decía que "la arquitectura se usa, se vive, se habita. Ese habitante es el usuario. Con sus requerimientos nos da las soluciones, si se profundizan y se respetan". Para 1958, había sido nombrado titular del Comité Administrador, ya que era reconocido gracias al modelo que realizó de escuelas prefabricadas, conocidas como "aula-casa-rural" y de las que en veinte años se construyeron 35 mil a lo largo de todo el país.


CORTE Y VISTA RAMPA EN ESPIRAL
ESC. 1:100
INTERIOR SALA VIVA
anteproyecto para un museo polígrafico en el
conjunto de chapultepec.
corte y perspectivas
esc. 1:100


ACCESO AL MUSEO
PLANTA DE CUBIERTA





Hasta antes de la Galería de Historia, los museos en México eran construcciones adaptadas para mostrar objetos, más parecidos a bodegas que a recintos como los conocemos en la actualidad. Piénsese, por ejemplo, en el Museo Nacional de la calle de Moneda, donde las piezas arqueológicas parecían no tener un orden ni discurso definido; o en el Museo Nacional de Historia, adaptado en el Castillo de Chapultepec en lugar de una construcción pensada especialmente para ser museo.

La primera idea de Torres Bodet para ubicar la Galería de Historia era usar el edificio de La Ciudadela. Muy pronto se desechó la idea por el poco tiempo disponible para remodelar el edificio. Fue entonces cuando Ramírez Vázquez le propuso una solución: construir un inmueble en una de las laderas del cerro de Chapultepec, en un terreno circular que había sido un picadero de caballos. Para aprovechar el poco espacio disponible, el arquitecto planteó construir una estructura en espiral con una rampa continua que se integrara al paisaje del Bosque de Chapultepec.

Así, la construcción del Museo inició en mayo de 1960. Las distintas formas de referirse a él hacen pensar que sus creadores no estaban muy conscientes de su naturaleza, por más claro que

siempre fuera su propósito y utilidad educativa. Los primeros planos arquitectónicos llevaban los siguientes títulos: "Museo Pedagógico en el Castillo de Chapultepec", "Museo histórico-didáctico en Chapultepec", o incluso "Galería didáctica". Los periódicos de la época, que estuvieron al tanto de su construcción, lo llamaban "Galería del Museo Nacional de Historia". Y aunque todos esos nombres resaltaban de una u otra manera su esencia, cuando la construcción avanzó y el contenido quedó más claro, tomó su nombre oficial: "Galería de Historia. La lucha del pueblo mexicano por su libertad".

La historia de la construcción de La Galería es una verdadera proeza. En apenas siete meses, se levantó un museo con sustento histórico, lúdico y arquitectónico. Una vez que se realizaron los estudios topográficos que confirmaron la posibilidad de su construcción, Ramírez Vázquez proyectó un edificio con dos niveles en el cual se pudiera bajar por una rampa suave, casi

imperceptible. El referente, desde luego, estaba en el Museo Guggenheim, en Nueva York, pero adaptado a las necesidades de nuestro propio entorno. Tiempo después, el arquitecto se declararía orgulloso por haber logrado una menor inclinación:

> El edificio [del Guggenheim] es fantástico, es muy bonito, es una gran escultura urbana, pero la pendiente es enorme, no la recuerdo pero, es superior a 9%, posiblemente sea más, por ahí de 10 o 12 %, y al circular siempre está uno con una inclinación muy incómoda […] Y sí, ya al estudiarlo detenidamente vimos que por ahí de 3% podíamos hacer una circulación continua, como ha sido además la historia de México.

Generalmente, los visitantes no se dan cuenta de que han bajado por los dos pisos del edificio sino hasta que terminan el recorrido. Pero con el paso de los años, en un tono familiar y acaso cariñoso, bautizaron este espacio como Museo del Caracol, nombre que sintetiza su particular arquitectura.

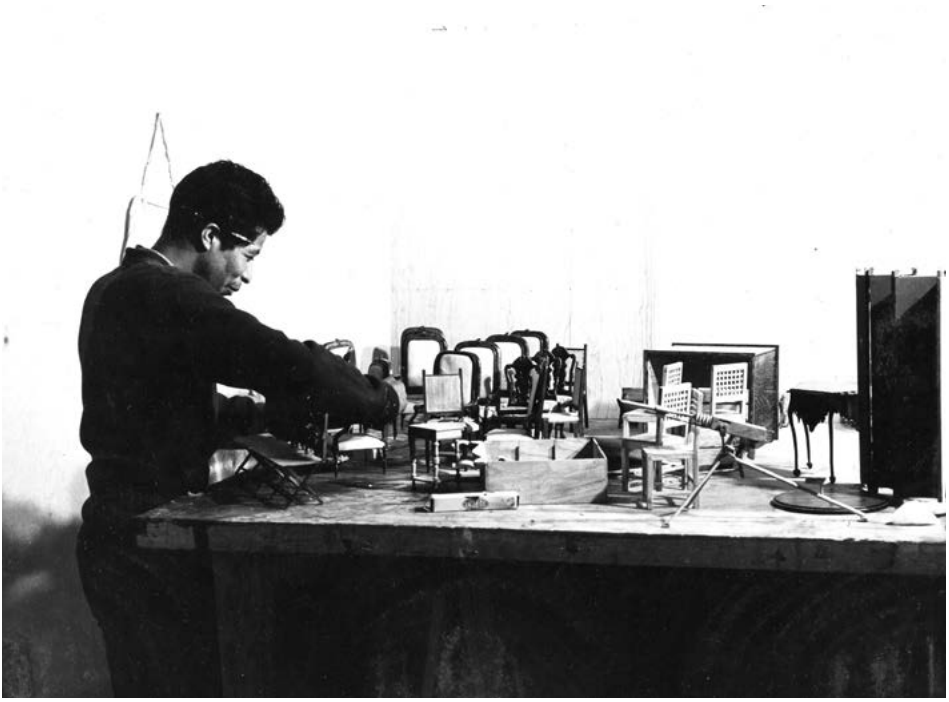
Para que el museo quedara completamente integrado a Chapultepec, el arquitecto colocó grandes ventanales que mantienen al visitante en contacto con el medio ambiente. Además, en la parte superior construyó una terraza. Así, aunque las personas se encontraran dentro del museo, no perderían la sensación de estar en contacto con el bosque. Hacia dentro, los momentos estelares de nuestro pasado; hacia fuera, uno de los paisajes más bellos de nuestra ciudad.

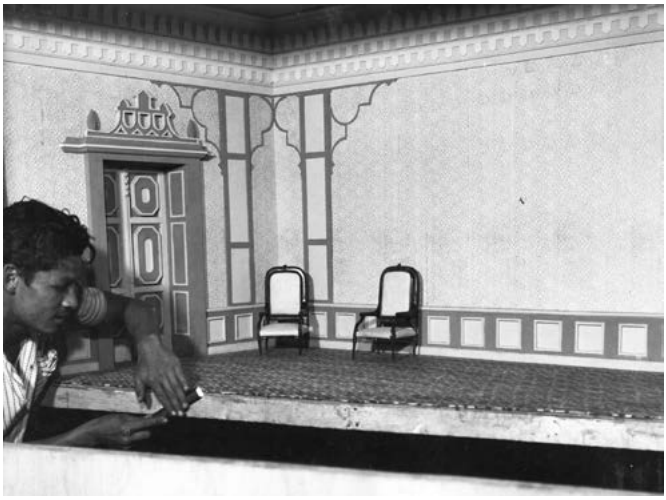
Al tiempo que la construcción avanzaba, se elaboraba el guión histórico. Don Jaime le encargó este proyecto a Arturo Arnáiz y Freg. Nacido en 1915, Arnáiz estudió medicina, economía e historia. Fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas y miembro de la Academia Mexicana de la Historia. En su época fue muy conocido por el público no especializado gracias a sus

columnas en la prensa. Sus alumnos lo recuerdan como personaje polémico, no temía sacar sus propias conclusiones sobre la historia de México. Conocía los momentos y a los personajes clave, sabía destacarlos con claridad y sobre todo era muy narrativo. Con esta pericia desarrolló su guión histórico.

El nuevo museo tendría las siguientes características: debía impartir una lección amena, sencilla, clara, equilibrada y lineal, que explicara los momentos estelares de la historia de México, desde la guerra de Independencia hasta la Constitución de 1917.

En lugar de recurrir a piezas antiguas para narrar nuestra historia, Torres Bodet quería que el aprendizaje fuera visual para que todos, incluso aquellos que no podían leer, entendieran el contenido. Por ello, recurrieron a dioramas, es decir representaciones teatrales en miniatura, y maquetas para hacer reconstrucciones del pasado. Así, cada escena sería una ventana hacia un momento representativo de nuestra historia.





N DE M
18011
N DE M
12037
N DE M

Arnáiz y Freg no eligió los temas al azar. El Caracol no podía ser meramente informativo, sino que debía tener una fuerte carga emotiva para exaltar el patriotismo entre sus visitantes. Por eso escogió escenas que hoy son cuestionadas por su importancia o veracidad. Por eso se representa, a la puerta de la Alhóndiga de Granaditas, a Juan José de los Reyes *El Pípila*; al padre de Vicente Guerrero rogándole a su hijo que abandonara la lucha y se acogiera al perdón del virrey; por eso también están Guerrero e Iturbide a punto de sellar la independencia con un abrazo, y la mejor manera de representar a Santa Anna no es en el frente de batalla, sino en una pelea de gallos en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan. Así como se exaltaron los valores de los "héroes", también se mostraron las actitudes reprobables de los "villanos". Tres eran los grandes temas del nuevo museo, al igual que los del recién creado libro de texto gratuito: Independencia, Reforma y Revolución, tres momentos fundacionales.

El resto del proceso fue paralelo. Las fotos de la época muestran que, durante su construcción, El Caracol se asemejaba más a un taller de arte que a un museo. Federico Hernández Serrano dirigía la museografía; Iker Larrauri coordinaba la creación de dioramas; Julio Prieto se encargaba de las escenografías; Apolinar Gómez dirigía a veinte escultores que elaboraban las figuras de barro; Mario Cirett hacía lo mismo con cuarenta modelistas que hacían las maquetas y miniaturas; un grupo de artistas provenientes de la Academia de San Carlos, de la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda" y del taller de Prometeo Barragán, elaboraban bocetos, reproducciones de documentos, retratos, mapas, estampas y litografías del museo todavía en construcción. Cada diorama es, en sí mismo, una obra de arte. Las escenas están llenas de luces y sombras, colores, texturas y una iconografía propia.

Pero las expresiones artísticas no terminan allí. Para recibir al visitante, Ramírez Vázquez le encargó la realización de un mural a José Chávez Morado. Su intervención fue novedosa. Realizó un enorme cancel en bronce, que permitía la entrada de la luz, el cual representa la fusión de dos culturas: del lado izquierdo se distinguen los pueblos indígenas, con su cosmogonía, su agricultura a base de maíz y su espíritu guerrero; del lado derecho, aparece la cultura occidental traída por los españoles, sus estudios científicos, el uso del caballo y armaduras, así como los alimentos y animales que exportaron hacia territorio americano. Ambas culturas, indígena y española, se funden en las puertas centrales que simbolizan el nacimiento de una nueva cultura mestiza, representada, de un lado, por el rostro de Cortés y el de la Malinche en la otra. Al centro, un niño, el nuevo ser resultante de la mezcla, se puede apreciar cuando la luz penetra por el lugar.

Para rematar el recorrido del museo, se construyó una sala dedicada a la Constitución de 1917. Pensada a manera de capilla laica, Chávez Morado esculpió un águila de cantera que preside el recinto. La reproducción de la Constitución se convierte en la guía para el pueblo mexicano. Los colores patrios, discretos, están presentes en todo el recinto: el rojo en los muros de tezontle, el blanco en el piso de mármol y el verde en la vitrina evocan un sentimiento patriótico.

No hubo retraso alguno. Sabemos, por los periódicos de la época, que todavía quince días antes subieron el domo del recinto de la constitución, que fue pionero en su época por su alta resistencia y poco peso.

López Mateos escribió en su segundo informe de gobierno, en 1959, que la inauguración de la Galería de Historia se llevaría a cabo el 20 de noviembre del siguiente año, en el cincuenta aniversario del inicio de la Revolución Mexicana, pero la apertura fue un día después, el 21. Como recuerda el secretario Torres Bodet, "otros actos tenían prioridad en su programa de actividades". Y es que, en realidad, la joya de los festejos fue la exhumación de los restos de Francisco Madero, y el Caracol era el proyecto personal de don Jaime para la conmemoración. De la noche anterior a la inauguración recordó que

> por la noche del 20, asistimos a la Feria del Libro, patrocinada por el departamento del Distrito Federal. Admiré la tranquilidad del licenciado Uruchurtu. Estaba seguro de que todo, en la ceremonia, se llevaría a cabo sin contratiempos. Por lo que atañe a la del día siguiente, no podía yo sentirme tan convencido. Al salir de la Feria, el licenciado López Mateos me invitó a subir a su automóvil. Otras personas iban con él. Le rogué que me dispensase. Según supe, más tarde, el presidente comentó maliciosamente: "Don Jaime va todavía a ver cómo quedará la galería de historia que inauguraremos mañana"… en efecto, hasta después de las doce de la noche, estuvimos revisando ciertas minucias, que podían suprimirse, o perfeccionarse.

Sesenta dioramas, dos mil figuras en miniatura y trece mil soldados de plástico eran parte de la colección del nuevo museo. No había en su interior objetos antiguos, tal como don Jaime había imaginado. Era un espacio que echaba mano de lo que en aquel entonces se consideraban recursos tecnológicos de avanzada. Las escenas tenían una dramatización sonora, y cuando los visitantes se acercaban y presionaban un botón, podían escuchar la conversación entre Hidalgo, Allende, Aldama y los corregidores en aquellas conspiraciones de Querétaro; a Guillermo Prieto al grito de "¡Los valientes no asesinan!", o el sonido de la locomotora porfirista en Metlac. Nunca se habían usado esos recursos para un museo, y el Caracol, en sí mismo, era considerado parte de la materialización del progreso y la modernidad que prometieron los gobiernos posrevolucionarios, revestido de un halo de modernidad.

Aquel 21 de noviembre de 1960, los mexicanos conocieron el primero de los museos modernos en México. Éste sería, según Torres Bodet, "un libro de texto abierto", frase que destacaba su función educativa. Ante la visita complacida del presidente López Mateos, al llegar al recinto de la Constitución, se ordenó montar una guardia de honor y se rindieron honores a la bandera. Durante los años posteriores a la inauguración, este ritual fue repetido por los grupos escolares que visitaban el museo.

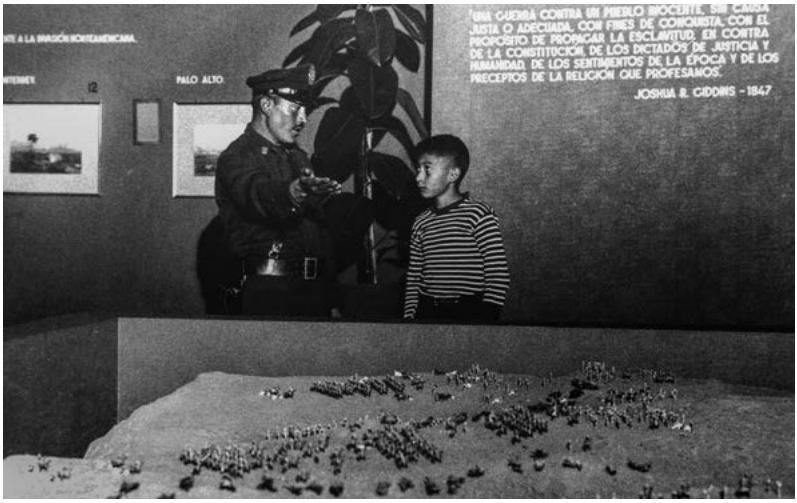
En su primer año de vida, el mueso recibió 285 mil visitas que, para la época, era buen indicador. Varios museos le deben mucho a la Galería de Historia, incluido el Museo Nacional de Antropología. Cuenta la anécdota que, una vez terminada la visita inaugural, ya en las puertas de salida, López Mateos decidió que sería Ramírez Vázquez el constructor del nuevo museo, del que ya se hablaba mucho tiempo atrás.

Sin lugar a dudas, el buen término al que llegó el proyecto de la Galería de Historia, primero de los museos del arquitecto, le abrió camino para la construcción del de Antropología. Fue éste el inicio de su década más productiva.

Luego de la Galería de Historia, los museos en México se concibieron cada vez más como espacios educativos. Los experimentos que se pusieron en práctica en el Caracol, ya comprobada su eficacia, se repitieron en el Museo Nacional de Antropología. Muchos de los personajes que participaron en la creación del primero fueron convocados otra vez: el propio arquitecto, Iker Larrauri, Julio Prieto y José Chávez Morado fueron parte del nuevo equipo. Este museo también contaba con sonorizaciones en algunas de sus piezas, y la maqueta del mercado de Tlatelolco o el diorama de la caza del mamut son ecos del Caracol. El paraguas, escultura central hecha por el propio Chávez Morado, repite el mismo tema del cancel de bronce.

Hoy, a 55 años de distancia, la Galería de Historia es un lugar único. Nunca más se puso en práctica un espacio así, aunque sí sirvió como referencia para proyectos futuros. El Caracol demostró que un museo es un sitio de reflexión y conocimiento, independientemente de los recursos que para ellos se ocupen.

En 1960, lo que importaba era la comunicación del pasado, de ahí que no se requirieran piezas de la época, sino figuras de barro y miniaturas. La colección del Caracol era inventada, creada especialmente para contar el pasado. Esto dio, de cierta forma, absoluta libertad a sus creadores para "moldear" la historia tanto como hicieron con las figuras. Cada escena está pensada para transmitir un mensaje definido y no una mera descripción

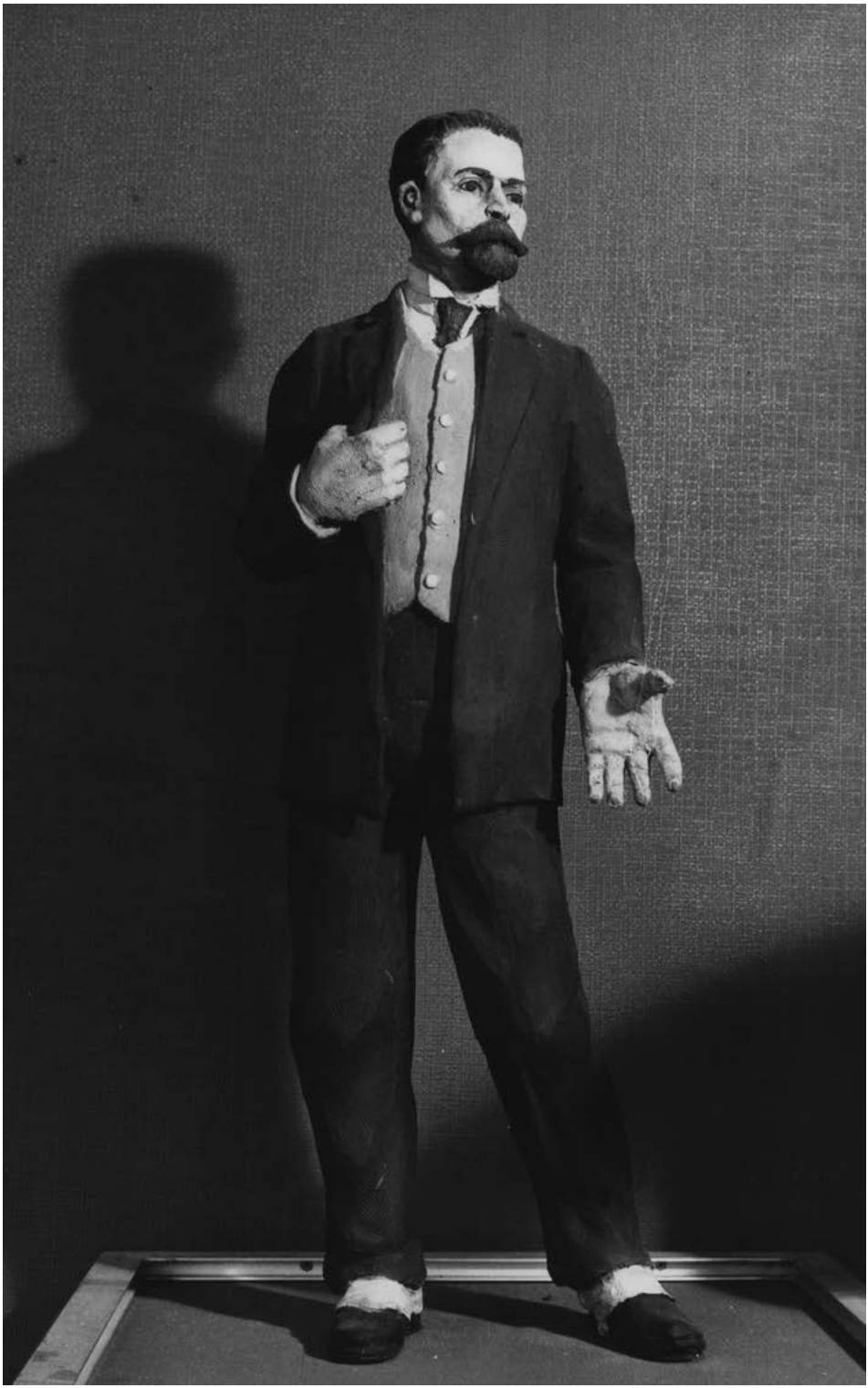


DAL
UPE.
CAMPESINOS
BAJO CLE

de hechos. Así, hay dioramas en los que se percibe tensión, bondad, júbilo o dramatismo. Cada uno tiene una iluminación planeada con cierta intensidad y dirigida a figuras específicas. La historia de México se convirtió en una obra de teatro en tres actos: Independencia, Reforma y Revolución.

Y el protagonista de esta obra, desde luego, no son los grandes héroes, sino el pueblo. Es la lucha del pueblo mexicano por su libertad, como reza el nombre oficial del museo; son las siluetas del pueblo las que componen las plumas del águila nacional, según la ejecución de Chávez Morado en el recinto de la Constitución, y es el motor de la historia mexicana, según la inscripción que Torres Bodet grabó en el vestíbulo del museo y que le dedicó a los mexicanos: "Procura ser siempre digno del héroe esencial de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución; el pueblo al que perteneces".

Mucho ha cambiado nuestra idea de los museos, la historia y su utilidad desde que, aquella mañana de 1960, se presentara a los mexicanos esta Galería. Lo más importante es que el museo es un testimonio sobre cómo se concebía el pasado hace cincuenta y cinco años. Sus escenas, figuras, personajes y miniaturas son ya su patrimonio histórico. Allí sigue, enseñándole a los niños y jóvenes, y aun a muchos adultos, las múltiples historias que ocurrieron desde aquella madrugada intrépida de Dolores, el 16 de septiembre de 1810, hasta que nos consolidamos como nación en la jura de la Constitución de 1917.



Aquí nació un Caracol
El surgimiento de la Galería de Historia

Publicación digital cuya edición concluyó en noviembre de 2015,
a cargo de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH: Silvia Lona Perales,
jefa del Departamento de Impresos; Pamela Lazcano Piña, diseñadora.
Fotografías: Archivo de la Galería de Historia, Museo del Caracol.

Se emplearon los tipos Gildeantro y Minion Pro

CONACULTA

INAH